

EL PASEO EDITORIAL
MATERIA PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIA PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Los diablos enamorados

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | central, 23

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

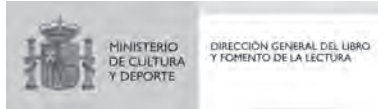
GUILLAUME APOLLINAIRE

Los diablos enamorados

**Introducciones
a la literatura erótica**

**Traducción, prólogo y notas
Julio Monteverde**

el paseo, 2022



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte

Títulos originales: *Les diables amoureux, s/f* (Gallimard, 1964)

© de la traducción y el prólogo: Julio Monteverde Carreño, 2022

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2022

www.elpaseoeditorial.com

1ª edición: febrero de 2022

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)

Corrección: Manuel Gregorio González

Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-124077-3-0

DEPÓSITO LEGAL: SE-245-2022

CÓDIGO THEMA: DN; FP

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o
parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor.
Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

INTRODUCCIÓN, por Julio Monteverde Del erotismo como utopía poética. Apollinaire en sus <i>Diablos enamorados</i>	IX
Nota a la edición	XVI

Los diablos enamorados

Vicario del valle de Cabezuela [Francisco Delicado y <i>La Lozana andaluza</i>]	3
El Divino Aretino [Pierre-Corneille Blessebois]	19 50
Los cuadros de costumbres de la época	54
El abad de Grécourt	62
Baffo	69

Joseph Vasselier	82
[John Cleland]	85
El abad Casti	106
[Domenico Batacchi]	112
[El caballero Andrea de Nerciat]	115
[Mirabeau]	152
[El Divino Marqués]	168
[La obra libertina de los poetas del XIX]	227
La galería de las mujeres	230
¿Wilhelmine Schroeder-Devrient escribió <i>Memorias de una cantante alemana?</i>	232
Ernest Feydeau y la <i>Cocodette</i>	238
<i>Las primas de la coronela</i>	240
<i>Un verano en el campo</i>	242
<i>Venus en India</i>	244
<i>Louvigné du Désert</i>	247
APÉNDICE [<i>Las flores del mal</i>]	251

INTRODUCCIÓN. Del erotismo como utopía poética. Apollinaire en sus *Diablos enamorados*

Quizá lo hayamos olvidado, pero a pesar de lo que hoy parece un lugar común, el erotismo no es un estadio inferior de la pornografía. Una pornografía no culminada. En realidad es precisamente *lo contrario de la pornografía*. Pues si el erotismo no se dirige de forma directa y apresurada a los hechos no es porque no se atreva o no pueda, sino porque en el rodeo que se complace en tomar encuentra un placer añadido que refuerza su sentido, y que paradójicamente sirve para manejar, para acomodar esa energía desbordada hacia un objetivo sin restarle un ápice de su poder transformador. Gracias a él, el impulso físico se integra en la imaginación, lo que lo coloca dentro de nuestra vida y lo hace más fuerte. Lo contrario es la destrucción de la posibilidad, la venta de saldo y el apaño. El deseo binario. Apagado. Encendido. Por completo comprensible y no problemático, que interfiere lo menos posible en el libre discurrir del mercado y del que se ha acotado cualquier espacio de sombra. Un tipo de deseo que solo es posible como negación. Negación por supuesto de su potencia, de su realidad, ya que lo desconocido nos recuerda que nos desconocemos, y que nuestra conducta transita ámbitos que nuestra ideología no puede abarcar.

De este modo, el vuelco siniestro se ha instalado en nuestras pantallas, y desde allí gobierna nuestra sensibilidad en la oscuridad de las habitaciones cerradas. Por eso, cuando por voluntad o casualidad encontramos algún testimonio de esa otra forma de entender el deseo, no como función física a descargar, sino como ligazón concreta de nuestra vida, nos invade una sensa-

ción de nostalgia, de reconocimiento de otro dominio en el que este mismo deseo profundizó nuestras vidas. Se trata en definitiva de una forma de entender las relaciones que hoy parece ausente. Ciertas llaves no encajan en las cerraduras de siempre, y solo somos capaces de percibir como carencia esa profundidad de la experiencia erótica que en otro tiempo fue un pilar oculto de nuestra práctica social. Este libro es una caja negra en la que han quedado registradas algunas de esas formas de entender el impulso erótico. Su autor, Guillaume Apollinaire, como se verá, era un auténtico poeta, en el más alto sentido de la palabra.

§

A comienzos de 1908, Robert y Georges Briffaut, los hermanos que desde la plaza Furstenberg de París dirigían la editorial L'Édition, encargaron a Guillaume Apollinaire la redacción de una serie de introducciones para una nueva colección. En ella se publicarían obras eróticas de calidad más o menos contrastada, realizando un repaso por los hitos fundamentales del género. Cada obra vendría presentada por un trabajado teórico que, además de ofrecer las informaciones pertinentes, permitiría al lector cobijarse bajo el paraguas bibliófilo. Nada nuevo en realidad: por aquella época ya existía un amplio mercado para este tipo de libros, con editores especializados que disponían de todo tipo de artimañas para hacerlos llegar a sus destinatarios sin complicaciones añadidas. Así, todo se hacía a plena luz del día y con una nada despreciable cantidad de dinero de por medio. En el caso que nos ocupa, por ejemplo, la colección se llamó *Les maîtres de l'amour*, y para arroparla, se creó una nueva etiqueta editorial: *Bibliothèque des curieux*. Con posterioridad, y dado el éxito de las primeras entregas, se creó otra colección, *Le coffret du bibliophile*, en la que también participaría Apollinaire.

Por su parte el poeta, que contaba entonces veintiocho años, no era un recién llegado al delicado arte de la edición de obras licenciosas. Erotómano incorregible, de constitución libertina, ya en el pasado había realizado trabajos similares, entre los que destacó la escritura de una novela erótica de claros ecos sadianos:

Las once mil vergas.¹ Parece evidente por tanto que el encargo era de su agrado, a pesar de que con el tiempo el exceso de trabajo se convirtiera en una carga. En cualquier caso, una vez cerrado el acuerdo en abril de 1908, Apollinaire empezó a trabajar en las introducciones a los dos primeros volúmenes, dedicados a Sade y Aretino, y siguió presentando con mayor o menor regularidad sus colaboraciones hasta 1917, año en que, después del obligado parón provocado por su estancia en el frente durante la Primera Guerra Mundial, entregó su famosa introducción a *Las flores del mal* de Baudelaire.

Se ha hablado mucho de la importancia que Apollinaire concedía a estos trabajos, pero el hecho indiscutible, que ya hizo notar Michel Décaudin,² es que tenía el suficiente respeto por todos ellos como para proyectar su publicación en un volumen específico. El libro estuvo a punto de publicarse justo antes de la guerra, bajo el mismo título que hoy lo identifica y que pertenece al propio poeta, pero los acontecimientos posteriores lo hicieron imposible. Una vez iniciada la movilización, Apollinaire, nacido en Roma pero de ascendencia polaca, y que poco antes había sido arbitrariamente encarcelado por la justicia francesa a cuenta del famoso robo de *La Gioconda*, lo dejará todo para justificarse como ciudadano francés en las trincheras. Después, nada será lo mismo y el asunto quedará olvidado hasta que en 1964, cuarenta y seis años después de la muerte de su autor, la editorial Gallimard publique el volumen en una edición establecida a partir de una maqueta incompleta encontrada en los archivos de Mercure de France.

§

Aquellos biógrafos de Apollinaire que nunca han logrado comprender que un poeta pueda interesarse por asuntos «poco edificantes», siempre han colocado este libro en un oscuro segundo o tercer plano dentro de su obra. Para Julia Hartwig, por ejemplo, la oferta para redactar las introducciones que nos ocupan significa-

¹ Guillaume Apollinaire, *Las once mil vergas*, Icaria, Barcelona, 1986.

² Michel Décaudin, «Preface», en Guillaume Apollinaire, *Les diables amoureux*, Gallimard, París, 1964, pág. 11.

Nota a la edición

La presente edición de *Los diablos enamorados* de Guillaume Apollinaire sigue la que llevó a cabo Michel Décaudin para la editorial Gallimard en 1964, ya del todo consolidada. La principal diferencia respecto a esta, no obstante, es que en nuestro caso hemos decidido aligerar el aparato filológico que la envolvía, formado principalmente por informaciones y notas aportadas por Décaudin acerca de cuestiones bibliográficas e históricas, relacionadas muchas veces con versiones anteriores de los textos, y que no se adecuaban a nuestra intención de ofrecer una edición dirigida a un público no especializado.

En lo que sí hemos seguido a Décaudin es en las supresiones que hizo en algunos textos. En un primer momento, nuestra intención fue, aprovechando los recursos informáticos de los que hoy disponemos, y en especial la página web de la Biblioteca Nacional Francesa, cotejar el texto con los originales y restituir la versión íntegra de cada uno de ellos. Sin embargo, pronto tuvimos que aceptar la evidencia de que las supresiones que Décaudin había realizado eran pertinentes, ya que se trata siempre de largas sucesiones, en ocasiones de más de ochenta páginas, de citas textuales de otros autores que, por diversas razones (bibliográficas, comerciales o simplemente de relleno), Apollinaire incluyó en sus textos. Ninguna de estas supresiones, como decimos, afecta a las palabras originales de Apollinaire, y siempre mejoran la unidad y la calidad de sus escritos.

Por lo demás, respetamos el orden propuesto por Décaudin y añadimos también, en apéndice, el texto sobre *Las flores del mal* de Baudelaire que, aunque no formaba parte inicialmente del conjunto ya que es algo posterior, por su espíritu y relevancia ofrece una inestimable conclusión a la obra.

JULIO MONTEVERDE

Los diablos enamorados

Introducciones
a la literatura erótica

EL PASEO ELECTRONIC
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Vicario del valle de Cabezuela

[Francisco Delicado y *La Lozana andaluza*]

Todo lo que sabemos acerca del escritor español Francisco Delicado es lo que él mismo contó en sus escritos.

Francisco Delicado, o Delgado, era de pequeña estatura.

Fue ordenado sacerdote y asumió la función de vicario del valle de Cabezuela, título que en 1534 continuaba ostentando. Pero su verdadero título de gloria para la posteridad fue haber escrito el *Retrato de la Lozana andaluza*, obra que testimonia por igual una gran experiencia en la vida y un talento literario de primer orden.

Tras contraer la sífilis publicó, entre otras obras hoy igualmente extraviadas u olvidadas, el tratado *De consolatione infirmorum*.

Esta obra de medicina, que testimonia una gran cultura científica, estaba destinada al consuelo de esos otros heridos de amor perseguidos por la melancolía a los que Rabelais llama: «venéreos preciosos».

Delicado habla en ella de una suerte de elixir para combatir la tristeza de los enfermos, concepto que parece provenir de un hombre en plena madurez de cuerpo y espíritu, acostumbrado a la meditación, la observación de los demás y de sí mismo, al examen interior y al ejercicio decidido de la voluntad.

Más tarde, en Venecia, entre 1533 y 1534, este curioso espíritu que afirmaba «no ser doctor», y añadía «soy un ignorante, no un bachiller», daría la medida de su erudición al preparar las mejores ediciones críticas del *Amadís* y del *Primaleón*.

Francisco Delicado nació durante uno de los últimos veinte años del siglo xv, en Córdoba. Sin embargo, en varias puntos de *La Lozana andaluza*, afirma que es nativo de la Peña de Martos,

localidad que se encuentra fuera de la diócesis de Córdoba, a catorce leguas de esta ciudad. He aquí una página en la que se explica a este propósito:

LOZANA: Señor Silvano, ¿qué quiere decir que el autor de mi retrato no se llama cordobés, pues su padre lo fue y él nació en la diócesis?

SILVANO: Porque su castísima madre y su cuna fue en Martos, y, como dicen: no donde naces sino con quien paces.¹

En el mismo capítulo o mamotreto², celebra a la humilde villa materna como si se tratara de una ciudad heroica, ilustre frente a la historia, ofreciendo de este modo, al mismo tiempo que una manifestación literaria de amor al país natal, una prueba de la nostalgia que atormentaba a este español que vivía en Roma y un intento de sátira del orgullo de los romanos demasiado embebidos de la antigüedad y la fama de su ciudad.

Es una villa cercada y cabeza de mastradgo de Calatrava y antiguamente fue muy gran ciudad dedicada al dios o planeta Marte. Como dice Apuleyo, cuando el planeta Mercurio andaba en el cielo al dios Marte, que aquella peña era su trono y ara de donde tomó nombre: la peña de Marte, y al presente de los Martos, porque cada uno de los que allí moran son un Marte en batalla, que son hombres inclinados al arte de la milicia y a la agricultura, porque remedan a los romanos que reedificaron donde agora se habita al pie de la dicha peña. Porque allí era sacrificado al dios de las batallas y así son los hombres de aquella tierra muy actos para armas, como si oísteis decir lo que hicieron los Cobos de Martos en el reino de Granada, por tanto que decían los moros que el Cobo viejo y sus cinco hijos eran de hierro y aún de acero, bien que no sabían la causa del planeta Marte que en aquella tierra reinaba de

¹ Apollinaire traduce en francés. Para las citas originales en castellano hemos recurrido a la edición de Carla Perugini, Francisco Delicado, *La Lozana andaluza*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2004. [Nota del traductor. Todas las notas sin indicaciones son del autor, Guillaume Apollinaire.]

² En castellano en el original. [N. del T.]

nombre y de hecho, porque allí puso Hércules la tercera piedra o colona que al presente es puesta en el templo: hallóse el año MDIV.

Y la peña de Martos nunca la pudo tomar Alejandro Magno ni su gente porque es inexpugnabile a quien la quisiese por fuerza. Ha sido siempre honra y defensión de toda Castilla. En aquella tierra hay las señales de su antigua grandeza en abundancia. Esta fortísima peña es tan alta que se ve Córdoba que está catorce leguas de allí. Esta fue sacristía y conserva cuando se perdió España, al pie de la cual se han hallado ataútes de plomo y mármoros escritos de letras góticas & egipcíacas y hay una puerta que se llama la Puerta del Sol que guarda al oriente, dedicada al planeta Febo. Hay otra puerta, la Ventosilla, que quiere decir que allí era la silla del solícito elemento Mercurio, y la otra Puerta del Viento dedicada a este tan fuerte elemento aéreo. Por tanto el fortísimo Marte dedicó a este elemento dos puertas que guardasen su altar; todas dos puertas de Mercurio guardan al poniente.

Hay un albollón, que quiere decir salida de agua, al baluarte do reposa la diosa Ceresa. Hay dos fortalezas, una en la altísima peña y otra dentro en la villa, y el Almedina, que es otra fortaleza que hace cuarenta fuegos y la villa de Santa María que es otra fortaleza, que hace cien fuegos, y toda la tierra hace mil y quinientos. Y tiene buenos vinos torronteses y albulos y aloques; tiene gran campiña donde la diosa Ceresa se huelga; tiene monte donde se coge mucha grana y grandes términos y muy buenas aguas vivas. Y en la plaza un altar de la Madalena y una fuente y un alamillo, y otro álamo delante la puerta de una ilesia que se llama la solícita y fortísima y santísima Marta, huésped de Cristo. En esta ilesia está una capilla que fue de los templares, que se dice de San Benito. Dicen que antiguamente se decía Roma la vieja: todas estas cosas demuestran su antigua grandeza. Máxime que todas las ciudades famosas del Andalucía tienen la puerta Martos, que dice su antigua fortaleza, salvo Granada porque mudó la puerta Elvira.

Tiene así mismo una fuente mármorea con cinco pilares, a la puerta [de] la villa, edificada por arte mágica en tanto [e]spacio quanto cantó un gallo, el agua de la cual es salutífera; está en la vía que va a la cibdad de Mentesa alias Jaén. Tiene otra al pie de Malvecino donde Marte abrevaba sus caballos, que agora se nombra la

fuelle Santa Marta, salutífera contra la fiebre. La mañana de San Juan sale en ella la cabelluda, que quiere decir que allí munchas veces apareció la Madalena. Y más arriba está la peña La Sierpe, donde se ha vista Santa Marta defensora, la cual allí miraculosamente mató un ferocísimo serpiente, el cual devoraba los habitadores de la cibdad de Marte. Y ésta fue la principal causa de su despoblación. Por tanto el templo lapídeo y fortísima Ara de Marte fue y es al presente consagrado a la fortísima Santa Marta. Donde los romanos, por conservar sus mujeres en tanto que ellos eran a las batallas, otra vez la fortificaron, de modo que toda la honestidad y castidad y bondad que han de tener las mujeres la tienen las de aquel lugar porque traen el origine de las castísimas romanas, donde munchas y munchas son con un solo marido contentas. Y si en aquel lugar de poco acá reina alguna invidia o malicia es por causa de tantos forasteros que corren allí por dos cosas: la una porque redundan los torculares y los copiosos granaros, juntamente con todos los otros géneros de vituallas porque tiene cuarenta millas de términos, que no le falta salvo tener el mar a torno. La segunda que en todo el mundo no hay tanta caridad, hospitalidad y amor proximal cuanta en aquel lugar y cáusalo la caritativa huéspedea de Cristo. Allí poco lejos está la fiera de Aillo, antes de Alcaudete.

Francisco Delicado viajó pronto a Italia, sin duda antes de 1510. ¿Qué otras ciudades italianas, aparte de Roma y Venecia, visitó? Lo ignoramos. Sin embargo una lectura atenta de la *Lozana* muestra que su autor debió visitar Marsella y gran parte de Italia, en concreto Livorno, Nápoles, Bolonia y Génova.

Delicado habla de Nápoles y de los napolitanos con la seguridad de quien los ha conocido. Del mismo modo, los trazos con los que ha caracterizado a los habitantes de Siena, Bolonia y Florencia parecen demostrar que conocía a fondo estas ciudades. Durante la lectura de *La Lozana* resulta evidente el dominio que Delicado tenía de las particularidades de la lengua italiana, y esta observación no es en modo alguno inútil para el estudio de las obras escritas en italiano por el sacerdote español, como tampoco para probar que Delicado, cuando escribió en Roma *La Lozana*, vivía ya en Italia desde hacia varios años.